

¿Comida por la fuerza? Los límites de la ayuda humanitaria

Tras dos años realizando acciones de ayuda humanitaria por parte de algunos países en nombre de la Comunidad internacional en el territorio de la antigua Yugoslavia, particularmente en Bosnia-Herzegovina, el futuro de las mismas se enfrenta a un terrible dilema: su abandono por ineficaces; o su transformación en acciones bélicas coercitivas, bombardeos o intervención terrestre, que fuercen las concesiones por parte de los beligerantes que hagan posible la paz. Tamaña divergencia en las opciones (o todo o nada) sólo puede comprenderse por la frustración generada al constatar que la ayuda humanitaria no acerca por sí misma el final de la violencia en Bosnia. Pero también ante el temor de que la salida militar realmente no sirva tampoco para alcanzar la paz.

El factor CNN. Cuando los países comunitarios reconocieron apresuradamente la independencia de Bosnia, en la primavera de 1992 y pasaron la tarea de reglar el conflicto a las Naciones Unidas, el Secretario de la ONU, Boutros Gali, reconocía tras un estudio *in situ* por su ayudante Marrack Goulding, que la situación "trágica, peligrosa, violenta y confusa sobre el terreno no permitía ninguna operación de mantenimiento de la paz". Era evidente: sólo se puede mantener la paz si hay paz que salvar, lo que no era el caso. No obstante, tres meses más tarde, en septiembre, con una situación aún más deteriorada en términos militares, Naciones Unidas establecía el cuartel general de UNPROFOR para Bosnia y demandaba la ampliación de su contingente en más de 6.000 hombres. La misión de dicha fuerza no sería mantener la paz, ni mucho menos imponerla, sino proteger el envío y la distribución de la ayuda humanitaria que estaba realizando el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). ¿Qué había ocurrido entre medias para conllevar un cambio

**RAFAEL L.
BARDAJÍ**

«Ante la falta de voluntad o la imposibilidad de montar una campaña bélica similar a la realizada en el Golfo, la mejor solución de las posibles fue la protección de la ayuda humanitaria.»

«Pero el mal mayor de la guerra no es la desaparición de los bienes en muchos casos, como ocurrió también en el Líbano, sino el acaparamiento y el mercado negro. La ayuda humanitaria no ha servido por tanto para salvar a cientos de miles de personas, sino para hacer más asequibles los productos que buscaban.»

tan drástico de posición? Es terriblemente simple: las imágenes desoladoras ofrecidas constantemente a los mullidos votantes occidentales durante todo el verano del 92. Imágenes en tiempo real de muertes y masacres; noticias de campos de prisioneros; informaciones sobre violaciones masivas y sistemáticas; la limpieza étnica de áreas enteras de Bosnia. En suma, la materialización de viejos recuerdos y fantasmas de difícil trago para una persona medianamente educada y sensata.

Es más, este espanto ofrecido por periódicos y televisiones machaconamente, se cuadraba muy mal con los cánticos y celebraciones que simultáneamente tenían lugar sobre la construcción europea, la marcha hacia la unión política, o las autoalabanzas de organismos como la OTAN que repetían hasta la saciedad que eran el pilar fundamental de la seguridad de los europeos.

La esquizofrenia tenía un límite y los gobernantes se vieron obligados a dar una respuesta que lavara su imagen de pasividad y tranquilizara la conciencia de sus votantes. Ante la falta de voluntad o la imposibilidad de montar una campaña bélica similar a la realizada en el Golfo, la mejor solución de las posibles fue la protección de la ayuda humanitaria.

Por un lado, se despachaban solemnemente tropas que mostraban que nosotros, los seres civilizados, no podíamos quedarnos impasibles horro- rizados ante los atropellos que tenían lugar en esa guerra; por otro, las misiones de escolta suponían una intervención más que limitada, solos unos pocos hombres, escasamente armados —y sólo para la autodefensa en los casos más extremos—, neutrales ante las partes y preocupados por los sufrimientos de la población civil, no por la victoria en el campo de batalla.

El alimento de la guerra. Ahora bien, si la presencia de tropas bajo la bandera de ONU serviría para acallar temporalmente la mala conciencia de los europeos, quienes veríamos que, al fin, nuestros gobiernos hacían algo por esa pobre gente, las dificultades que la ayuda humanitaria ha ido encontrando durante estos últimos meses, la continuación y generalización de la violencia, la perpetuación de los sufrimientos, han puesto de relieve que la ayuda, solamente, no sirve para acercar las posiciones enfrentadas de serbios, musulmanes y croatas. De hecho, lejos de estar más próximas hoy, las diferencias se han agrandado con el paso del tiempo.

Podría afirmarse que, en realidad, la ayuda humanitaria ha contribuido al enquistamiento de la situación. Normalmente la imagen que se ofrece de los convoyes cargados de alimentos, medicinas y enseres es la de la salvación de miles de personas necesitadas, a punto de sucumbir de frío y hambre. Paradójicamente, en muchos de los puntos más aireados, como Sarajevo, los alimentos no son un bien escaso. Hay comida, pero a precios desorbitantes. Como en toda situación de guerra la penuria es obvia com- parándose con la paz, pero el mal mayor de la guerra no es la desaparición de los bienes en muchos casos, como ocurrió también en el Líbano, sino

el acaparamiento y el mercado negro. La ayuda humanitaria no ha servido por tanto para salvar a cientos de miles de personas, sino para hacer más asequibles los productos que buscaban.

Pero hay más, puesto que lo anterior ya sirve de justificación suficiente. La ayuda humanitaria ha favorecido la aparición de una economía de guerra de la que se benefician todos, refugiados, civiles, bandoleros, señores de la guerra y militares. Las imágenes que se abren ante los telespectadores no lo enseñan, pero los convoyes que salen cargados de su punto de arranque no llegan así a su destino. Entre medias, derechos de pasos, asaltos, negociaciones con guerrilleros o bandoleros para comprar paz a cambio de mercancías, hace que lo que finalmente se entrega sea una parte muy mermada de lo que en teoría podría darse.

Mejor eso que nada, podría pensarse. Sin embargo, a la vez que se alimenta a los civiles (que muchas veces sólo son civiles a la hora de recibir ayuda y que no dudan en combatir durante el resto del día), se está alimentando directamente a las múltiples facciones armadas que los camiones blancos de Naciones Unidas cruzan en su recorrido. O peor, se está favoreciendo una economía que cambia esos bienes por munición y armas.

Por otro lado, la ayuda humanitaria no ha resultado tan neutral como se pretendía. Bien al contrario, la presencia de los cascos azules ha sido bien utilizada por unos y otros en contra de los deseos de todos. Los croatas derribaron un avión italiano para forzar a una mayor presencia internacional contra los serbios; los musulmanes retuvieron al general Morillon y a los soldados españoles como escudos humanos y para llamar la atención internacional sobre su situación cuando veían perdida la guerra; nadie se quiere responsabilizar del obús que segó la vida de 70 personas en el mercado de Sarajevo, pero el objetivo es lograr una mayor presión sobre los serbios...

En las escoltas los serbios veían la falta de voluntad política occidental y, por tanto, cierto campo libre para luchar por sus objetivos; los musulmanes y croatas creían que los cascos azules representaban el compromiso de la comunidad internacional con su causa y la promesa de una intervención militar a gran escala frente a los serbios. Nosotros sólo pensábamos en una acción encaminada a aliviar el sufrimiento colectivo. Todos nos equivocábamos y el hecho es que, ahora, con una situación de violencia mucho más enconada y arraigada en los sentimientos de la gente, el sentimiento de cansancio e inutilidad por lo hecho cobra fuerza por doquier. Eso explica la revisión de la presencia de los cascos azules en Bosnia que los países aliados se plantean de aquí a finales de la primavera si no mejoran las perspectivas para un alto en las hostilidades.

El fragor de los Cañones. A pesar de todo, no deja de ser una pildora amarga la guerra abierta en un rincón del Viejo Continente para la que no se ve solución alguna, de momento. De hecho, esta falta de visión, de un proyecto paci-

«La ayuda humanitaria ha favorecido la aparición de una economía de guerra de la que se benefician todos, refugiados, civiles, bandoleros, señores de la guerra y militares. Las imágenes que se abren ante los telespectadores no lo enseñan, pero los convoyes que salen cargados de su punto de arranque no llegan así a su destino.»

«Se ha vivido como el banco de pruebas, el test esencial del vigor de la construcción europea. La violencia desatada por los bosnios no sólo golpeaba a musulmanes y croatas, sino que hería directamente a la Comunidad.»

ficado realista y posible, ha dominado, junto con la presión pública, todas las medidas adoptadas por la comunidad occidental ante el conflicto: si la Unión Europea quiere convertirse en un proyecto creíble, tiene que diseñar una salida a largo plazo; si la OTAN pretende seguir siendo un pilar esencial de la seguridad de los europeos, debe ofrecer unos instrumentos militares válidos para conducir a una solución aceptable por todos. Por eso, la guerra en la antigua Yugoslavia ha sido y es mucho más que una simple guerra civil. Se ha vivido como el banco de pruebas, el test esencial del vigor de la construcción europea. La violencia desatada por los bosnios no sólo golpeaba a musulmanes y croatas, sino que hería directamente a la Comunidad; las luchas entre bandas, las violaciones del más de centenar de alto el fuego, los ataques contra los soldados de la ONU, todo ello golpeaba a las instituciones europeas y occidentales.

El ultimátum lanzado por la OTAN a los serbios para que retiren del cerco de Sarajevo sus baterías pesadas en 10 días no es más que la lógica combinación de hastío y necesidad de resultar creíble. ¿Ante quién? Tal vez menos ante los propios serbios que, de nuevo, las poblaciones francesas, españolas, británicas, alemanas, etc. La medida es un compromiso menos con el pueblo de Sarajevo que de la OTAN consigo misma. Y no deja de ser una medida limitada. Ciertamente, de conseguirse doblegar a los bosnios-serbios, se puede presentar como una acción exitosa, una victoria diplomática que da pie a nuevas esperanzas negociadoras. Pero abandonar el cerco de Sarajevo no implica, ni mucho menos, el fin de la guerra. Ni siquiera un cambio del equilibrio militar en la zona, a pesar de la fuerza de su simbología.

El problema surgiría si los serbios no aceptaran los términos del ultimátum y la OTAN se viera forzada a cumplir su palabra, bombardear, porque si esos bombardeos se limitan a cumplir los términos de dicho ultimátum, no supondrán una alteración sustancial de la situación militar, al contrario, sólo conseguirán empeorarla, azuzando la violencia en el suelo. Si, por el contrario, van más allá de lo planteado, iniciando una escalada, la guerra contra Serbia está servida y el futuro de una estabilidad en la zona queda en entredicho. Y todo como consecuencia de querer poder repartir víveres y demás enseres en paz.

Lecciones no aprendidas. Primero, la ayuda humanitaria tiene como objeto aliviar el sufrimiento humano de una guerra, así como intentar reducir la tasa de mortalidad producida tanto por la violencia como por el hambre. Si la misión humanitaria no consigue esto o, peor, pone en peligro un mayor número de vidas, tiene por fuerza que replantearse su ejecución. El bombardeo sobre la artillería serbia en torno a Sarajevo no es ni positivo ni negativo en ese sentido, todo depende de las circunstancias. Pero si sólo logra desatar más pasiones y violencia tiene que ponerse en entredicho la oportunidad de tal medida.

En segundo lugar, toda intervención militar ofensiva —sea de castigo o coercitiva— por nuestra parte tiene que conllevar una alteración signifi-

cativa del desarrollo de la guerra. Aceptar la ejecución de misiones aisladas, cuyos objetivos militares son limitados y sin conexión alguna con los objetivos políticos, supone conformarse con la alteración puntual y temporal del balance militar, pero nada más. La fuerza tiene que estar al servicio de un proyecto político si quiere tener algún sentido. Un bombardeo en los alrededores de Sarajevo con la consiguiente destrucción de parte de la artillería serbia aliviará la vida de la población y quedará estupendamente ante las cámaras, pero si no apunta a que la guerra se pare en otras zonas menos televisivas y se continúe guerreando en el resto de Bosnia, de poco habrá servido.

Tercero, si se va a hacer algo, hay que hacerlo bien. Tras la guerra del Golfo parecería que estratégicamente vivimos en la era del poder aéreo, tan impactantes fueron los resultados allí conseguidos. Pero ninguna aviación, por altamente letal que fuera, ha ganado nunca una guerra. Ni siquiera en el Golfo. Los ataques selectivos en Bosnia pueden dar sólo resultados limitados. El uso de armas pesadas no es esencial para la continuación de las hostilidades; como tampoco lo es el movimiento de unidades o tropas. En Bosnia hay pocos frentes, hay violencia por doquier, porque es eso lo que nace de que tu vecino haya violado a tu mujer, matado a tus hijos y arrasado con tus propiedades. Sólo el cansancio del combatiente puede dar como fruto la paz. Alternativamente, sólo una ocupación masiva y un férreo control del territorio puede callar las armas ligeras que no por ligeras están haciendo menos daño en esta guerra. En cuarto lugar, una intervención a gran escala exige un proyecto de paz a largo plazo bien definido y un altísimo grado de consenso entre las partes. Si rusos y occidentales se dividen y la ONU se paraliza, podríamos crear de nuevo una especie de Alemania dividida. Y recordemos que Alemania ha estado ocupada formalmente más de cuarenta años. ¿Es eso lo que tenemos que esperar de los Balcanes?

En fin, la ingenuidad política y la constante subestimación de la fuerza de la irracionalidad y del nacionalismo han caracterizado continuamente los análisis de los líderes occidentales sobre la situación, primero en Eslovenia, luego en Croacia y más tarde en Bosnia. Se confió demasiado en el peso de la razón y en la autoridad moral del azul ONU sin querer creer que cualquier ayuda humanitaria está condenada al fracaso si no cuenta con el consentimiento y la autolimitación de los beligerantes. Y para disgusto de todos, los bosnios se siguen matando entre ellos. Y ahí estriba nuestro dilema: ¿se les debe seguir alimentando, incluso a la fuerza?

« Una intervención a gran escala exige un proyecto de paz a largo plazo bien definido y un altísimo grado de consenso entre las partes. Si rusos y occidentales se dividen y la ONU se paraliza, podríamos crear de nuevo una especie de Alemania dividida.»